

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Shakespeare indeciso

Autor/es:
Marías, Javier

Citar como:
Marías, J. (1992). Shakespeare indeciso. Nosferatu. Revista de cine. (8):12-13.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/40803>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Shakespeare indeciso

Javier Marías

Aunque hacer una aseveración tan tajante sea osado y quizá difícilmente aceptable, una de las principales razones de la grandeza y perduración de Shakespeare es que casi nunca se sabe bien lo que está diciendo; o, si se prefiere, se sabe lo que está diciendo pero no lo que significa. Esto es: se lo comprende, pero no siempre se lo entiende. Si uno lee o escucha o ve sus obras, no suele tener dificultades para seguir no ya la trama o desarrollo dramático, sino también cada uno de los diálogos, parlamentos, soliloquios, algunos muy largos y de densidad considerable. Quien haya escuchado o leído los monólogos de "Hamlet", "Macbeth" u "Otelo" comprende o cree comprender lo que en ellos se dice, hasta el punto de ser luego capaz de recordarlos y aún de citar algún que otro verso particularmente famoso o inolvidable. Pero si ese mismo lector o espectador se detiene en ello y, por ejemplo, intenta traducirlos, decirlos de nuevo en otra lengua (su lengua), se encontrará no ya con los múltiples problemas de índole translaticia que en sí encierran, sino con la perplejidad de no "entenderlos" cabalmente, de no saber exactamente qué es lo que están diciendo, de ver siempre más de una posibilidad para cada frase. De encontrarse, en suma, con unos textos indecisos. Tal vez, entonces, dude de su capacidad de comprensión del inglés, pero descubrirá que, si consulta sus dudas interpretativas con un nativo de esa lengua, lo más probable es que el nativo, una vez alertado por el traductor, descubra a su vez que él

tampoco entiende cabalmente ese texto archiconocido y que quizá ha leído o escuchado mil veces creyendo todas ellas que lo comprendía y entendía perfectamente.

La diferencia que aquí establezco entre "comprender" y "entender" es necesariamente delgada, y convendría intentar definirla: "comprender" es asumir, es darse cuenta y por enterado, es interiorizar y hacerse cargo de lo que sucede o se dice. "Entender" implica, además, ser capaz de explicarlo, o, lo que es lo mismo, de volver a decir lo dicho "con otras palabras". Esto es lo que a menudo resulta imposible en Shakespeare, principalmente porque si se para uno a "entender" lo que de buenas a primeras ha "comprendido", descubrirá con demasiada frecuencia que lo que comprendió no es enteramente inteligible, o al menos no unívoco.

Todos creemos entender los célebres soliloquios de "Macbeth" y de "Otelo". Me refiero a los que empiezan respectivamente con las palabras "Tomorrow, and tomorrow, and tomorrow", y "It is the cause, it is the cause, my soul". Pero sin ir más lejos, ya esas palabras iniciales resultan bastante misteriosas y enigmáticas si se intentan traducir o decir de nuevo: ¿Qué significa realmente "Mañana, y mañana, y mañana" (y no "el mañana", como a veces se ha traducido, pues eso se habría correspondido más bien con *the morrow*, expresión existente en inglés), "se arrastra con menudo paso día a día"? ¿Y qué significa que Otelo, cuando se dispone

a matar a Desdémone (o a ejecutarla, según su propia interpretación), diga "Es la causa, es la causa, alma mía, no dejéis que os la nombre, castas estrellas: es la causa" ¿Qué causa es esa? ¿A qué se refiere Otelo, quien no dice "This is the cause" ni "She is the cause", como podría pensarse al ver sólo el texto español (respectivamente, "Esta es la causa" y "Ella es la causa"), sino "It is the cause", frase casi ininteligible en cuanto se detiene uno en ella?

Pero voy a hablar de una cita menos conocida y que me toca más de cerca: en mi última novela hay un par de páginas en las que el narrador comenta un pasaje de "Macbeth", la escena inmediatamente posterior al asesinato del rey Duncan, cometido por Macbeth durante la noche. En esas dos páginas se analiza la actitud y el comportamiento de Lady Macbeth en esos decisivos momentos. Cuando su marido se reúne con ella tras matar a Duncan mientras dormía, lo primero que le dice es "I have done the deed", esto es, "He hecho el hecho" o "He cometido el acto". Macbeth está alterado y aterrorizado, y la inmediata reacción de su mujer es intentar convencerlo de que no es tan grave. Intenta que Macbeth se olvide en seguida de lo que ha pasado, de lo que ha llevado a efecto, y le dice frases como: "Los dormidos, y los muertos, no son sino como pinturas"; o "Aflojas tu noble fuerza, al pensar en las cosas con tan enfermizo cerebro"; o "No se debe pensar de esta manera en estos hechos: así, nos hará volver locos"; o "No te

pierdas tan abatido en tus pensamientos". Lady Macbeth trata de quitar hierro a lo que su marido ha hecho, y, según la interpretación del narrador de mi novela, en cierto sentido lo que procura es asimilarse a él y a su irremediable culpa para que él, a su vez, pueda asimilarse a ella y a su irremediable inocencia. Pues aunque ella ha colaborado, y preparado e instigado el crimen, la verdad es que no ha "hecho" nada, no lo ha cometido, no ha clavado el puñal en el pecho de Duncan, sino que cuando Macbeth le comunica "*I have done the deed*", de lo que no hay duda es de quién es "yo". Lady Macbeth ha llegado a decir antes del asesinato (al que ella ha contribuido dejando en la alcoba del rey las dagas que utilizará Macbeth): "*De no haberse parecido a mi padre mientras dormía, yo lo habría hecho*". Pero lo cierto es que no lo ha hecho, aún cuando, como dije, intente por todos los medios compartir la culpa, o, mejor dicho, anularla mediante la asociación y mezcla de su inocencia última. Como se dice en la novela, se trata de "*un falso maridaje suyo con el que mata*". Pero Macbeth, enajenado, ha vuelto llevando consigo las dagas que debían haber quedado en el lugar del crimen para mejor acusar a los sirvientes adormecidos por el vino que ella misma les ofreció, y Macbeth se niega a volver. Y es entonces cuando ella, culminando ese "falso maridaje", se las arrebata y se encarga de devolverlas a la alcoba o estancia real. Al salir de allí, tras haber untado las caras de los sirvientes con la sangre del muerto, le dice a su marido lo que aquí me interesa: "*Mis manos son de tu color; pero me avergüenzo de llevar un corazón tan blanco*".

Estas dos frases no parecen cerrar ningún problema de comprensión ni de entendimiento. Cualquier lector o espectador las admitirá sin más y

no percibirá dificultad ninguna, ni en el sentido ni en los vocablos. "*My hands are of your colour; but I shame to wear a heart so white*", dice el texto en inglés.

Al terminar mi novela y pensar en un título para ella que aún no había decidido, consideré la posibilidad de llamarla "Corazón tan blanco" (que, en efecto, ha resultado el título definitivo), pese a lo gastada que está la palabra inicial. Si vencí esa resistencia y otras dudas fue porque entonces, precisamente al aislar esas tres palabras, me di cuenta de que en realidad no sabía, no entendía cabalmente lo que significaban. "*Mis manos son de tu color*", dice Lady Macbeth, y eso está claro, porque ha manchado con la sangre de Duncan los rostros de los guardianes dormidos; "*pero me avergüenzo de llevar un corazón tan blanco*", añade. ¿Qué diablos significa eso en realidad? De acuerdo con la interpretación del narrador de mi novela, según la cual -insisto- Lady Macbeth quiere tener la mayor participación posible en el asesinato sabiendo a la vez que ella no lo ha cometido (aunque hubiera clavado de nuevo las dagas en el pecho de Duncan muerto, seguiría sin haberlo matado), ese "*corazón tan blanco*" que "*me avergüenzo de llevar*" haría referencia a la ya mencionada e irremediable inocencia de Lady Macbeth respecto al "hecho" o "acto", por muy culpable que sea de instigación y complicidad. Sin embargo, al fijarme en esas palabras en tanto que título, me entró la duda: una duda que afortunadamente todavía hoy no he podido disipar tras numerosas consultas a nativos de lengua inglesa e incluso a especialistas en Shakespeare, los cuales, además, me confesaron no haber reparado nunca en la ambivalencia u oscuridad de la frase. (Dicho sea de paso, en ninguna de las muy anotadas ediciones de "Macbeth" que he

manejado existe nota alguna para dilucidar o explicar estas tres o cuatro palabras, lo cual parece indicar que siempre han sido comprendidas a la perfección, y aparentemente entendidas.) Porque lo cierto es que "corazón tan blanco" también podría querer decir, además de "corazón tan inocente", "corazón acobardado", o "tan atemorizado", "tan pálido". Y en ese caso la vergüenza de Lady Macbeth se debería justamente a lo contrario de lo hasta aquí comprendido, a saber: a haber experimentado el mismo miedo que su marido ha conocido. Lady Macbeth tilda poco menos que de medroso y cobarde a Macbeth pese a que ha sido él quien ha entrado en la estancia del rey y ha "cometido el acto" más arriesgado, el de matar. Le dice que no se preocupe y que no piense en ello "*con tan enfermizo cerebro*". Sin embargo, cuando es ella quien vuelve a la alcoba con el arrojito que ahora a él le falta, al salir con las manos teñidas del color asesino de su marido tal vez se avergüenza de llevar un corazón tan atemorizado por la visión del cadáver, que -vale la pena recordarlo- cuando aún estaba vivo y dormido le había hecho pensar en su propio padre. Su corazón es entonces tan inocente como cobarde, o quizá sólo una de las dos cosas, pero, ¿cuál, en ese caso?

Sólo me resta añadir que para mí es una suerte seguir sin saber, como a menudo sucede en Shakespeare, qué significa esa expresión que nunca ha llamado la atención de los más concienzudos exégetas, ni de los múltiples lectores, ni de los incontables espectadores de "Macbeth". Pues supongo que es justamente en virtud de su comprensibilidad e ininteligibilidad simultáneas, de su indecisión última, por lo que ha acabado haciéndome el gran favor de convertirse también en el título de una novela, quizá para su desgracia.